Domingo 11 de junio de 1995
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 16,12-15

Todo lo que tiene el Padre es mio

En el Prólogo del Evangelio de Juan se explica la misión de Jesucristo de esta manera: "A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha narrado" (Jn 1,18). Llama la atención este último verbo. Se esperaría que dijera: "él lo ha hecho ver", o "él lo ha revelado". El verbo griego (exegéomai) es único en el Evangelio de Juan y ha sido traducido al latín con el verbo "narrare". Parece haberse elegido deliberadamente un verbo menos preciso. De este manera se querría indicar que todo lo que Jesucristo "narró" acerca de su Padre permanece externo e incomprensible, si no es interiorizado por el Espíritu Santo.

Es un dogma de la religión bíblica que Dios es infinitamente perfecto y trascendente y que ningún hombre lo puede ver. Pero no es porque sea oscuro o ajeno o lejano, sino todo lo contrario. Nadie puede verlo porque es demasiado luminoso y está demasiado cercano a nosotros. Para expresar a los paganos la cercanía del Dios que él anunciaba, San Pablo dice en el Areópago de Atenas: "El no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos" (Hech 17,28). Y de él dice San Agustín: "Es más íntimo a mí que yo mismo". Dios nos es desconocido, no por defecto, como sería una cosa oscura, sino por exceso: nuestra vista queda enceguecida por su excesiva luz; nuestra inteligencia no es capaz de su excesiva verdad. San Pablo en su carta a Timoteo prorrumpe en esta alabanza: "Al Bienaventurado y único Soberano, al Rey de reyes y Señor de los señores, al único que posee inmortalidad, que habita una luz inaccesible, a quien no ha visto ningún ser humano ni le puede ver, a él el honor y el poder por siempre" (1Tim 6,15-16).

Podemos pensar con qué entusiasmo habrá hablado Jesús sobre Dios su Padre, si tenía la misión de narrarlo. Movido por este entusiasmo es explicable que el apóstol Felipe le rogara: "Señor, muestranos al Padre y nos basta". El apóstol revela suficiente comprensión como para afirmar con razón: "Eso basta"; pero, por otro lado, revela poca comprensión, como se deduce de la respuesta de Jesús: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre... ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?" (Jn 14,9-10). Nosotros hemos conocido a Dios como Padre en Cristo, en su actitud filial y en su enseñanza. Uno de los puntos centrales de la revelación cristiana es que Dios es Padre. Es Padre de Cristo y es Padre nuestro.

Pero resulta claro en el Evangelio que Dios es Padre de Cristo en un sentido y es Padre nuestro en otro sentido,

ambos igualmente verdaderos, pero infinitamente distintos. Por eso no hay ningún texto en el cual Jesús se dirija a Dios diciendo: "Padre nuestro", incluyendonos a nosotros (Cuando enseña la oración del cristiano dice: "Vosotros orad así: Padre nuestro..."). Por el contrario, es constante e intencional su modo de llamar a Dios: "Padre mio" o "mi Padre". Incluso hace la distinción explícitamente, cuando dice a María Magdalena: "Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios" (Jn 20,17). De esta manera nos enseña que Dios es Padre suyo por naturaleza y es Padre nuestro por adopción. El Padre y el Hijo poseen la misma naturaleza divina, ambos son la misma sustancia divina. Por eso en el Credo profesamos la fe en el Hijo, "engendrado no creado, de la misma naturaleza (de la misma sustancia) que el Padre".

Al asumir la naturaleza humana, sin dejar la divina, el Hijo de Dios dio al ser humano acceso a la filiación divina. Por eso se dice que los bautizados somos "hijos en el Hijo". Pero todo esto sería externo a nosotros y nadie podría vivir como hijo de Dios si no fuera habilitado por el Espíritu Santo. Esto es lo que dice Jesús en el Evangelio de hoy: "Mucho tengo que deciros todavía, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga el Espíritu de la verdad, él os guiará a la verdad completa... El me dará gloria, pues recibirá de lo mio y os lo anunciará a vosotros". Lo más propio de Cristo es su condición de Hijo de Dios y es precisamente esto lo que el Espíritu Santo debe tomar de él y comunicarlo a nosotros.

Jesús agrega esta afirmación radical: "Todo lo que tiene el Padre es mio". Es lo mismo que afirmar su identidad con el Padre, es decir, su naturaleza divina. Ambos son el mismo y único Dios; de lo contrario, habría algo, aunque sea poco, que el Padre poseería y el Hijo, no. Y lo mismo se puede decir del Espíritu Santo: "Recibirá de lo mio y os lo anunciará a vosotros". Está dicho sin limitación. El Espíritu Santo posee todo lo que posee el Hijo y todo lo que posee el Padre, porque es el mismo y único Dios.

De esta manera está revelado en el Evangelio el misterio de la Santísima Trinidad. Los cristianos adoramos un sólo y único Dios, no una sola Persona, sino tres Personas distintas, de única naturaleza divina e iguales en la divinidad. Los hombres de todos los pueblos y de todas las generaciones han anhelado conocer a Dios. A nosotros nos lo ha "narrado" Cristo y nos lo ha revelado el Espíritu Santo. Este domingo de la Santísima Trinidad la Iglesia celebra el misterio central de nuestra fe. La vocación cristiana consiste en vivir en la intimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en contemplar y amar este misterio con todo el corazón.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción